



LAS CAÑONERAS (IV): LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, 1808-1814

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
del Círculo Naval Español



ESULTA realmente difícil que los pequeños barcos no aparezcan en alguna de las operaciones de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, por más que nos hayamos limitado a recordar algunas en las que tuvieron especial protagonismo por una u otra causa. Pero no podemos olvidar que gracias a ellas pudo llegar por mar, pese a su dominio por la flota británica, la expedición de reconquista de Liniers desde Montevideo a Buenos

Aires en 1806, que cooperó eficazmente en la defensa de Ferrol en 1801, y en tantas otras ocasiones.

Sin embargo, los hechos iban a evolucionar de manera sólo en apariencia sorprendente, cuando en 1808 una España harta de las presiones e injerencias napoleónicas se alza en armas contra un aliado que se ha convertido en invasor.

No podemos a este respecto sino remitir al lector a las magistrales páginas en las que el almirante Martínez-Valverde ha estudiado y descrito la participación de nuestra Armada en la guerra de la Independencia. Pero, y aunque las nuestras desmerezcan de las citadas, debemos recordar siquiera someramente

los hechos principales de esta larga y durísima lucha de casi seis años, en la que las cañoneras volvieron a tener un papel protagonista.

La rendición de la escuadra de Rosilly

En los inicios de la sublevación patriótica, pronto se hizo notar con preocupación por ambos bandos que la escuadra francesa sobreviviente de Trafalgar, ahora al mando de Rosilly, seguía fondeada en Cádiz.

Ante el peligro de que la aislada escuadra sucumbiera, Napoleón envió a Andalucía al general Dupont a la cabeza de un cuerpo de ejército de unos veinte mil hombres, con la misión, que no se estimaba muy difícil, de someter la rica y populosa región y enlazar con la escuadra. Y parece evidente que si Dupont y Rosilly llegaban a enlazar, la suerte de todo el sur de la Península y tal vez de la resistencia patriota estarían echadas.

Por ello mismo, no se tardó en intentar neutralizar la amenaza que suponía la fuerza de Rosilly. Desgraciadamente, nuestros anteriores aliados habían exigido y obtenido casi todos los repuestos, materiales y suministros que quedaban en el arsenal; por ello y por la angustiosa situación de la hacienda real española, se daba el caso de que, mientras los buques de Rosilly estaban a punto y con sus cargos completos, pocos de los navíos de la Armada en Cádiz se hallaban en situación de combatir.

Quedaba el recurso de las baterías terrestres, pero ya se cuidó bien Rosilly de fondear sus buques donde apenas llegaran sus tiros. La escuadra británica que bloqueaba Cádiz, ahora aliada, se ofreció a acabar con los franceses, pero los españoles se negaron en redondo.

Así que tuvo que echarse mano de las cañoneras para atacar a los navíos enemigos, reuniéndose no menos de 45 unidades, y que tras varias intimaciones a la rendición realizaron un primer ataque el 9 de junio, con resultados no decisivos pese a las cinco horas de fuego, perdiendo los franceses unos 13 muertos y 51 heridos, contra 8 y 26 los españoles, que además perdieron dos bombarderas hundidas.

Al día siguiente se reanudó el combate, bien que pronto se interrumpió ante la petición de parlamento.



Francisco Mourelle.

Mientras proseguían las negociaciones llegó de Algeciras una flotilla de otras diez cañoneras al mando de Mourelle y se establecieron nuevas baterías en tierra desde las que batir a la escuadra francesa. Al fin, y comprendiendo que toda resistencia era inútil, Rosilly se rindió el 14 de junio.

Así se entregaron 3.676 prisioneros, tripulantes de cinco buenos navíos y una fragata, armados con no menos de 456 cañones, numerosas armas individuales, gran cantidad de pólvora y municiones y cinco meses de provisiones, con la particularidad de que en la escuadra española, donde cobrar pagas se había convertido hacía ya tiempo en algo utópico, faltaran casi por completo.

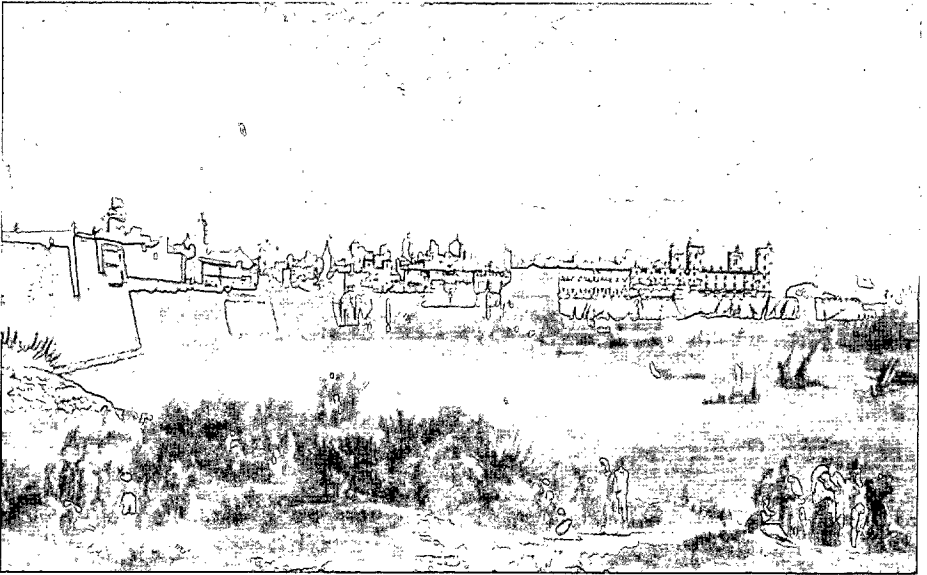
No es que fuera un gran combate, pero significó la primera victoria de los patriotas y supuso innegables ganancias en el orden material. Por citar una de las más evidentes, en 1834, uno de los tres únicos navíos de que disponía la Armada tras el nefasto reinado de Fernando VII era justamente el insignia de Rosilly, el *Héroe*. Y poco más de un mes después, la completa derrota de Dupont y la entrega de todas sus tropas, supuso la culminación del éxito en la primera campaña de la guerra.

La defensa de Cádiz

Sin embargo, en 1810, y gracias a los masivos refuerzos enviados por Napoleón, los ejércitos franceses invadieron casi toda España, debiendo el gobierno de la Regencia refugiarse en Cádiz, donde se debían reunir las Cortes recién convocadas. Y nada parecía ser capaz de frenar a las tropas del mariscal Soult que llegaron frente a la capital y casi último reducto de la resistencia.

Pero la configuración de la plaza suponía todo un reto para los invasores: asentada en la isla y unida sólo a tierra firme por una sola, estrecha y baja, franja arenosa, quedaba demasiado lejos del continente para ser batida eficazmente desde éste por la artillería, y la bahía era demasiado ancha para ser salvada sin tener que afrontar una operación anfibia.

Así que el mando francés empezó a preparar la operación que podía decidir la suerte de la contienda. Se hizo venir nada menos que 1.500 marineros y calafates de Francia, mientras que el capitán de navío Saizieux elaboraba un plan para reunir 60 lanchas, 10 brulotes (buques incendiarios) y 108 gabarras de desembarco, que debían ser capaces de poner diez mil hombres en Cádiz en sucesivas oleadas y tomar la plaza. Pronto empezaron a construir todas aquellas embarcaciones y a requisar todas las que pudieron en el litoral dominado por ellos. Poco les importaba la escuadra española o la aliada británica, pues suponían acertadamente que ni unos ni otros se atreverían a exponer inútilmente sus navíos en aquellas encerradas aguas, en las que sus baterías de tierra, disparando con balas rojas, podían causar un auténtico desastre.



Los mandos españoles hicieron frente a la amenaza, organizando a su vez una poderosa flotilla de más de doscientas cañoneras, bombarderas y lanchas de diversos tipos, que de nuevo eran las embarcaciones más adecuadas para operar en las condiciones existentes.

Las fuerzas sutiles, muchas veces con el apoyo de lanchas inglesas, se dedicaron tenazmente a bombardear y atacar la costa enemiga en rápidos golpes de mano, desgastando sus tropas y desviando su atención del frente principal, obstaculizando sus preparativos y destruyendo las embarcaciones y astilleros en que se construían. Así lentamente, y pese a algunos reveses, los sitiados tomaron la iniciativa sobre los sitiadores.

Tras muchos retrasos y contratiempos, lograron al fin los franceses reunir 31 embarcaciones que intentaron desembocar en la bahía el 31 de octubre de 1810, siendo duramente castigadas y rechazadas en ese día por la fuerza de cañoneras con el apoyo de lanchas inglesas.

Por modesta que parezca, la victoria fue decisiva, pues en adelante el asedio de Cádiz se convirtió en una empresa imposible para Soult y sus tropas, que se debieron limitar a observar la plaza, bombardearla ineficazmente y seguir soportando los continuos contraataques que por mar se hacían desde la plaza, hasta que en 1812 tuvieron que retirarse definitivamente.

Con ello, la resistencia nacional al invasor conservó su capital; unida por mar con América y el resto de la España combatiente, se pudieron reunir las Cortes y nació la primera constitución española.

La guerrilla naval

Como ha analizado el ya citado Martínez-Valverde, el dominio del mar ejercido por los aliados hispano-británicos supuso una ventaja estratégica decisiva en nuestra guerra de la Independencia, al mantener abiertas las comunicaciones con nuestro aliado, con América y con el resto de España, y al posibilitar el constante ataque contra la costa ocupada por el enemigo, las expediciones de tropas a los puntos necesarios y, asegurar hasta el contacto con las guerrillas.

Y aunque ese dominio del mar era asegurado por navíos y fragatas, la acción contra la costa enemiga se hizo generalmente por las embarcaciones sutiles: cañoneras, bombarderas, faluchos y otras, capaces de batir al cañón al enemigo, de desembarcar sus propios trozos o las tropas transportadas, apoyando incluso al Ejército en las batallas que tuvieron como escenario zonas costeras, como en la de Puente Sampayo o en Sagunto, colaborando a la defensa de plazas, como en Tarifa, o facilitando el paso de ríos como en la subsiguiente invasión del sur de Francia.

Pero más decisivo aún fue la diversión estratégica que provocaron, debiendo el enemigo dedicar no pocas tropas y esfuerzos a guardar cada kilómetro de litoral que ganaban en sus avances, viéndose bloqueado tanto por mar como por tierra cuando sus vías de comunicación estaban cercanas al mar, y debiendo recurrir a largos rodeos por tortuosos caminos del interior.

Y los efectos de esa verdadera «guerrilla naval», unida a la terrestre y a la acción de las fuerzas regulares de los tres ejércitos aliados hispano-anglo-lusos, terminaron por dar la victoria sobre el más poderoso ejército que había conocido Europa.

Conclusión

A lo largo de estos cuatro artículos hemos podido comprobar los decisivos resultados que obtuvieron las modestas cañoneras entre 1783 y 1814: desde los bombardeos de Argel; que consiguieron librar a toda la costa levantina de una plaga secular, a la activa y eficaz defensa de Cádiz tras el combate de San Vicente; la larga serie de victorias en combates menores sobre un enemigo que en otro tipo de encuentros era por entonces regularmente afortunado; el heroico apoyo a una escuadra abrumada por un enemigo muy superior y que obtiene, sin embargo, la victoria, el «préstamo» y asesoramiento de la idea a un aliado que también sabrá aprovecharla, y, por último, su intervención crucial en el Cádiz de nuestra guerra de la Independencia y la menos conocida, pero igualmente decisiva en el conjunto de toda la contienda.

Sin embargo, tales hechos parecen casi olvidados y desde luego son menos valorados que los éxitos logrados por las unidades ligeras de otras marinas, por ejemplo, los de las torpederas de dos guerras mundiales. No creemos equivocarnos mucho si decimos que ni las «MAS» italianas, las «S» alemanas, las «MTB» británicas ni las «PT» americanas significaron tanto para sus países como supusieron las cañoneras para España, ni prestaron servicios de tanta importancia.

Y ahora que se acerca la conmemoración de muchos de los hechos narrados, y ya que con otros tipos de buques resultaría prohibitivo, ¿por qué no podrían reconstruirse algunas de aquellas pequeñas embarcaciones que tanto supusieron para España y su Armada en aquellos trágicos años?

Sería una buena manera de recordar nuestro pasado y de valorarlo debidamente, no sea que, como tantas otras veces, nos quedemos sin poder aportar nada a lo mostrado por otros países, que legítimamente presuman, por ejemplo, de las ingeniosas embarcaciones de la flotilla de Boulogne o de la audacia de los botes de abordaje de la escuadra británica.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCHIVO DON ÁLVARO DE BAZÁN: *Expediente personal de Antonio Barceló*, del Cuerpo General.
- BARBUDO DUARTE, Enrique: *Apresamiento de la escuadra francesa del almirante Rosilly en la bahía de Cádiz el 14 de Junio de 1808*. Cádiz, 1987.
- BRAVETTA, Héctor: *Nelson*. Iberia, Barcelona, 1943.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada Española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*. Museo Naval, Madrid, 1972, especialmente tomos VII VIII y IX.
- FERRARI BILLOCH, F.: *Barceló*. Ediciones Patria, Madrid-Barcelona, 1941.
- MARTÍNEZ-VALVERDE, Carlos: *La Marina en la Guerra de la Independencia*. Editora Nacional, Madrid, 1974.
- MOURELLE, José María: *D. Francisco Antonio Mourelle, jefe de escuadra*. Crónica Naval. Madrid, 1877.
- QUADRADO Y DE ROÓ, Francisco: *Elogio histórico del Excmo Sr. D. Antonio de Escaño*. Real Academia de la Historia. Madrid, 1852.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín R.: *Antonio Barceló*. Nou Art Thor, Barcelona, 1990.

